

SAMIZDAT

crónica de una vida nueva

¿Y AHORA QUÉ?

¿HAY ESPERANZA FRENTE A ESTE FUTURO INCIERTO?

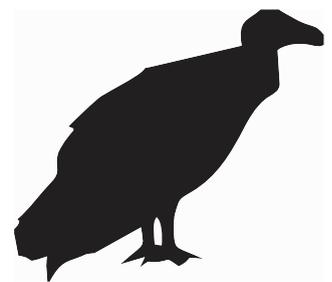


ELECCIONES GENERALES

El Estado, ¿dueño y señor? _5



Buitres sueltos en la página 7



¿La medicina de la mente? _4



El coraje de los románticos

Llego a casa, cansada. Me quito los cascos. Llego a la cocina y me como un yogurt. Me pongo el pijama, me acuesto y... cojo el móvil. Normalmente, aprovecho para leer los mails que son demasiado largos para los espacios libres que tengo a lo largo del día. Cuando se me cierran los ojos del sueño, pongo la alarma para el día siguiente, lo dejo en la mesilla y me duermo.

Hoy no puedo dormirme. Me da vueltas en la cabeza la reflexión de un amigo: "Las personas hoy en día se juntan porque tienen miedo a la soledad. Porque es en la soledad donde afloran las preguntas más importantes del hombre y muchas veces, por no mirarlas, nos juntamos para hacer otras cosas. A veces es más fácil convivir con otros que con uno mismo".

Somos muy modernos. Realmente modernos. Cuando leo a Leopardi, Espronceda, la Avellaneda, o cualquiera de los grandes románticos, me parece que mi amigo tiene mucha razón. El hombre moderno, que vive rodeado de "libertades", no es libre. No es valiente. No se atreve a romper el tabú de ciertas preguntas que para los genios que antes mencionaba, eran el pan de cada día. No nos paramos a mirar, a escuchar, a pensar... ¿Dónde queda, pues, la grandeza del ser humano? Os invito a ensimismaros por un momento con un gran hombre, un hombre hasta sus últimas consecuencias:

María Borrero Carrón

«Frecuentemente cuando yo te miro
tan muda estar en el desierto llano,
que en su lejanía confina con el cielo,
o bien con mi rebaño
seguirme en mi camino lentamente
y cuando miro en el cielo arder las estrellas,
me digo pensativo:
"¿Para qué tantas luces?
¿Qué hace el aire sin fin, y esa profunda,
infinita serenidad? ¿Qué significa esta
soledad inmensa? ¿Y yo qué soy?"»

Canto nocturno de un pastor errante de Asia
Giacomo Leopardi



Noche estrellada
Vincent Van Gogh



Director: Alfonso Calavia
Vicedirectores: Daniel Cerrillo y Miguel Jorquera
Secretaría General: María Borrero y Ana Boccanera
Maquetación y diseño: Guillermo Alfaro
Directora de fotografía: María Ávila
Editado por Asociación Atlántida Geografía e Historia
e-mail: atlantidaghis@gmail.com

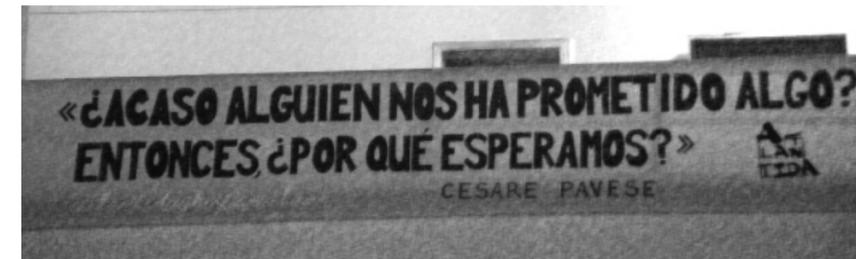
¿Acaso alguien nos ha prometido algo? Entonces, ¿por qué esperamos?

Vivimos en un país, una cultura y un mundo que están al borde del precipicio. Somos la primera generación que cree que vivirá peor de como lo hicieron sus padres. Salimos de la universidad sabiendo que la mitad de nuestros compañeros lo hacen para entrar en esa vorágine que es el "paro joven". Pero, ¿quién se iba a atrever a prometernos algo?

Estamos en el siglo XXI y, según datos de la FAO, hay mil millones de personas que sufren hambre crónica. ¡Imaginos! ¡Más personas que segundos hay en 30 años! ¡Casi tres veces la distancia en metros de este periódico a la luna! Son incontables las personas que se mueren por enfermedades que aquí se curan con un paseo de dos minutos hasta la farmacia de la esquina. ¿Qué cabe esperar de un mundo así?

Matamos nuestro tiempo con cualquier cosa porque así, por lo menos, no muere solo. ¿Las cosas que te hacen disfrutar? Se acaban. ¿Los momentos apasionantes de tu vida? Pasan y no dejan rastro. ¿Y las personas a las que quieres? O ya han muerto o morirán. ¿Qué cabe esperar de la vida y del mundo? ¿Acaso alguien nos ha prometido algo? No. No sólo nos puede parecer evidente, sino que podemos pensar que "menos mal", porque si alguien lo hubiera hecho... claramente se habría pasado de listo.

Podríamos suscribir todo lo dicho hasta ahora, porque todas estas ideas conviven en nuestra sociedad y en nuestra conciencia. Y



Cartel colgado por la A.C. Atlántida en la Facultad de Geografía e Historia a principio de curso

sin embargo nos rebelamos. Vivimos con la eterna esperanza de quitarnos la razón. En la relación con nuestros amigos, con nuestra familia o mirando una obra de arte –artificial o natural–, nos descubrimos "negando nuestra propia negatividad", negando nuestra supuesta seguridad.

Podemos desconocer de dónde surge esta "rebeldía" –sin duda de nosotros mismos, diríamos, pero, ¿cuál es su origen si parece contradecir nuestra propia concepción del mundo?–. Lo que no podemos es negar que está. Y no sólo está sino que se manifiesta tanto en lo que parece positivo como en lo que parece negativo. Es cierto que nos define un deseo de "comernos el mundo", de "quererlo todo y quererlo ahora" (como dice una y otra vez la canción de Queen), o que soñamos despiertos con arreglar el mundo, con una vida feliz, con una vida grande. Pero también es cierto que a menudo esta "ansia" de sentido la vemos también en lo que no entendemos, en el sufrimiento propio y, a veces, mejor en el ajeno, en un amigo que nos decepciona, en una "muerte absurda"...

Es en todos estos momentos –en cualquiera que vivamos con un mínimo de intensidad, siempre que miremos la realidad y nuestra vida abiertos a la posibilidad de que nos sorprenda– cuando más claro vemos que esperamos algo. Y no es sino esta esperanza (de bien, de justicia...) el motor que nos mueve a contracorriente. Que nos permite, aunque sea sólo en nuestro fuero más interno, negarnos a aceptar que vivimos y morimos sin sentido, a aceptar que el motivo de nuestra muerte no es otro que nuestro propio nacimiento, que nadie nos ha prometido nada. ¿Por qué? ¿De verdad somos tan frágiles que no podemos aceptar que la nada es nada?, ¿o es acaso este deseo reflejo de una promesa cuyo origen desconocemos?

El desafío de contestar a esto es tan interesante como cobardes quedarse a medio camino.



TODAGUA
Agua mineral natural, fría y caliente, las 24 hs.

Llámanos y benefícate de la promoción a tu medida !!!

902 33 35 35

www.todagua.es

Créditos de motivación

Estas semanas estoy asistiendo en la Universidad a unos seminarios obligatorios con la psicóloga de mi escuela para el programa mentor (créditos de libre configuración para guiar y acompañar a alumnos de primer curso). El último llevaba por título "Motivarse hasta el final", nada sugerente para mí, lo que me hizo ir muy escéptica y únicamente por conseguir los créditos.

Empezó más o menos como esperaba, teníamos que dibujar un árbol. En las raíces poníamos lo que éramos, en el tronco lo que queríamos conseguir (nuestras metas y objetivos, no solo materiales sino también nuestro proyecto de vida, relaciones, familia, etc.), en la copa del árbol lo que ya habíamos conseguido y en el suelo lo que no. Después de que algunos compañeros compartieran su árbol decidí que no quería perder dos horas de mi tiempo diciendo cosas que no pensaba y levanté la mano con una objeción, dije que había ido escéptica al seminario y que no me gustaba nada esto de que todo depende de mi motivación, porque, por las cosas que me han sucedido (puse mi vida delante de todos), cada vez soy más consciente de que mi vida no depende de las metas u objetivos que logre alcanzar.

Surgió una conversación preciosa, con preguntas y objeciones, porque no todos pensábamos igual, y comenzamos a hablar de las cosas que más nos importan en la vida: qué tiene que ver esta motivación con el estudio, con las relaciones que más nos interesan, mi novio, mis amigos, ¿todo depende de tu capacidad y motivación? Si fuera así estaría muy jodida. Y llegamos a la enfermedad y a la muerte, ¿qué pinta la motivación cuando una persona querida se está muriendo? Y muchos empezaron a hablar de cómo

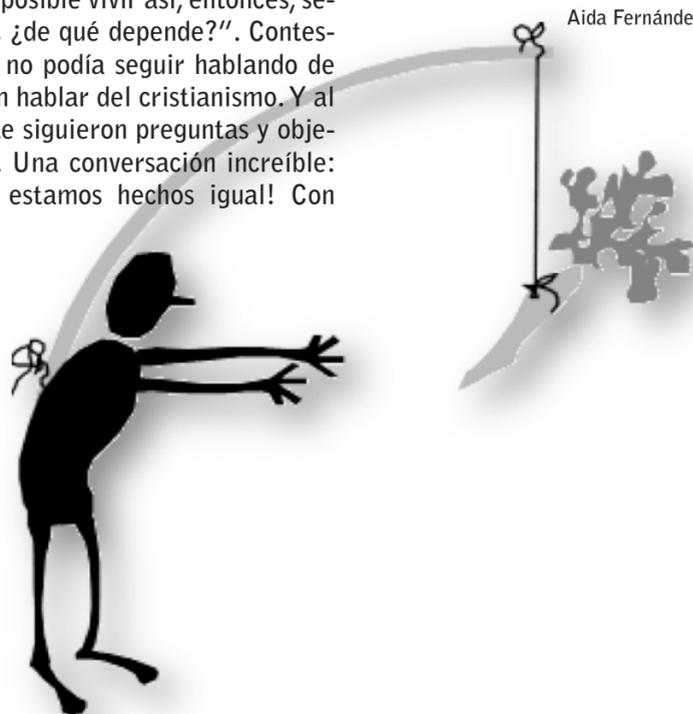
vivían ellos, de cómo están frente a la muerte y de qué harían respondiendo a la pregunta de una chica: "¿Seguirías viviendo como vives si supieses que te vas a morir dentro de un mes?".

Hablamos de temas que a todos nos preocupan y que, sin embargo, suelen ser temas tabú. De hecho, fue un seminario distinto. Ya no contestábamos a la pregunta "¿quién soy yo?" (tema del primer seminario) reduciéndonos a una lista de virtudes, defectos y sentimientos, sino poniendo delante realmente lo que éramos, y esto hizo que nadie saliera indiferente. Había mucho en juego porque engloba toda la vida, desde que me levanto por la mañana, cuando voy a la universidad, en la relación con tus amigos, ante una enfermedad, todas estas cosas, ¿solo dependen de mi esfuerzo y de tratar de mirar el vaso medio lleno? Yo seguía defendiendo que no, y, llegado a un punto, la psicóloga apuntó: "Muy bien, creo que te sigo, dices que el vivir así no depende ni de uno mismo ni de la propia capacidad, pero que es posible vivir así, entonces, según tú, ¿de qué depende?". Contesté que no podía seguir hablando de esto sin hablar del cristianismo. Y al instante siguieron preguntas y objeciones. Una conversación increíble: ¡todos estamos hechos igual! Con

las mismas exigencias, con el mismo deseo infinito en las relaciones, en el estudio, en que cada día sea grande. Pero, ¿de qué depende todo esto? ¿Hay algo que lo cumple? ¿Hay algo que responda hasta el fondo todo este deseo que tenemos y que ha salido a la luz? Aún más, no nos hemos dado a nosotros mismos lo que nos ocurre, ni las relaciones, ni una enfermedad, ni el hecho de levantarnos cada mañana, no lo hemos creado nosotros ni lo mantenemos nosotros en el tiempo, y, sin embargo, ¿decimos que depende de nuestra capacidad y motivación?

Incluso en este punto es un tema tabú hablar del cristianismo (¿y más como algo real, que tiene que ver con mi vida, y no como un conjunto de valores y principios morales!), pero a mí, por lo que me ha sucedido en la vida, a través de una circunstancia muy dura y luego en el día a día, puedo empezar a contestar a estas preguntas y afirmar que, gracias a Dios, no depende de "motivarse hasta el final".

Aida Fernández Salazar



El Estado, ¿dueño y señor?

El pasado 20 de Noviembre, los españoles tuvimos una cita electoral anticipada como respuesta al contexto de crisis en que vivimos. En Europa, la prima de riesgo no para de echar gobiernos a la calle y los españoles han tomado una decisión rotunda. Una mayoría absoluta jamás conocida en la historia democrática del país.

¿Y ahora qué? Sigue habiendo cinco millones de parados. Una crisis económica que los más optimistas dicen que acabará en el año 2016. Una España dividida. Una escalofriante desconfianza ante la política. Y un futuro laboral –para nosotros universitarios– decididamente incierto. ¿Nos va la vida en los resultados electorales? La política es importante, por eso hemos vivido con interés y pasión estos acontecimientos, pero no es la respuesta última y exhaustiva. Nuestra vida continúa sea cual sea el partido que gobierne.

¿Debemos esperar a que el Estado salve esta dramática situación? ¿O el sistema financiero? No, el Estado no tiene capacidad para dar respuestas ni esperanzas. No puede sustituir lo humano, es decir, a cada uno de nosotros. Sólo puede apoyarlo y sostenerlo como un marco favorable a la libertad y la capacidad de iniciativa de cada uno.

Ante el impacto de la crisis tenemos dos opciones: lamentarnos –que únicamente incrementa el rencor y la violencia– o ponernos en movimiento, es decir, mirar a la cara esta situación y tomar la iniciativa. Convertirnos en protagonistas y dejar el banquillo de los espectadores, lo hemos desgastado.

Estas iniciativas no son sólo un conjunto de propósitos justos y verdaderos que podrían ser susceptibles de caer en la utopía, sino

una realidad de hecho, que ya está sucediendo. Personas que apuestan y arriesgan por otras porque son libres de toda sospecha y pretensión sobre el otro, que afirman que la realidad –con todo su dramatismo– es, en el fondo, positiva.

una vez al mes una caja de alimentos a familias que lo necesitan.

Nos interesa una concepción de la realidad, de la vida y del hombre así, que no censure nada, que tenga en cuenta absolutamente todos los factores, que reconozca



Un ejemplo de esto es nuestro amigo Manuel Eusebio, que siendo director de una sucursal bancaria comenzó hace unos años una iniciativa llamada "Banco de Solidaridad". Este proyecto surgió a raíz de una conversación con un cliente que le expuso su dificultad para llegar a fin de mes. Él no pudo frenar el pago de facturas, la hipoteca y todo lo que ello conlleva, pero le dijo: "Unos amigos y yo podemos llevarte una vez al mes una caja con comida para ti y tu familia, ¿qué te parece?". A partir de ahí se desarrolló el Banco de Solidaridad. Hoy, cientos de voluntarios llevan

en toda circunstancia –por dura y oscura que parezca– una indicación para caminar, una provocación para cambiar. Pero todo esto sería imposible sin encontrar un lugar humano al que pertenecer, un pueblo. Una compañía que no nos sustituye en la aventura humana, sino que nos sostiene y corrige, que mantiene vivos nuestros deseos.

Clara de Haro y Lucía Restán

“EL ÁRBOL DE LA VIDA”, Terrence Malick

La última película de Terrence Malick se sale de los esquemas del cine de hoy. Es muy importante leer el libro de Job -del Antiguo Testamento- antes de ver la película, que es el que dará forma a la ola de imágenes que nos lanzará el director. Hace un trabajo excepcional con escenas breves y simbólicas de no más de 5 segundos donde nos enseña cómo los niños crecen, cómo se asombran por lo que les rodea, “suben por las ramas del árbol”-símbolo por antonomasia de la vida-.

No solo eso, sino que descubren el mal del que han estado sobreprotegidos hasta ahora. En menos de medio minuto los niños pasan por delante de un borracho al que imitan, por delante de un minusválido al que observan con sorpresa, por delante de tres delincuentes que están siendo arrestados y muere ahogado en el río un amigo de los hermanos. En sus rostros se puede leer la insuficiencia de la vida, la exigencia de que algo responda al drama de la muerte.

Sin duda alguna, el sermón de la escena de la iglesia vertebrará la película. Cito: “Job quería construir su nido en lo alto. Su comportamiento íntegro lo protegería de la desgracia. Pero no, la desgracia cae también sobre los justos, no podemos protegernos de ella. Nos desvanecemos como una nube, nos marchitamos como la hierba. ¿Existe algún fraude en el esquema del universo? ¿No existe nada imperecedero? ¿Nada que no se destruya? Debemos seguir adelante. Debemos encontrar algo que sea más grande que la fortuna o el destino. Nada puede traernos paz. ¿Por qué? ¿Está el cuerpo del hombre sabio o del hombre justo a salvo del dolor, de la deformidad que podría destruir su belleza o de la debilidad que podría acabar con su salud? No existe lugar en el mundo donde el peligro no pueda alcanzarnos. ¿Son vuestros amigos o hijos vuestra seguridad?”.

Las preguntas que alguna vez han estado en nuestra boca también se cuestionan en la película. ¿Acaso hay algo que vaya a permanecer después de nuestra muerte? Nuestros amigos, familiares, morirán también. Entonces, ¿que va a quedar? ¿De que sirve entonces trabajar, tener una familia, tener una casa? ¿Por qué vale la pena vivir? De nuevo, ¿es que alguien nos ha asegurado que habrá algo más después de nuestra muerte? ¿ACASO SE NOS HA PROMETIDO ALGO?

Nicolás Pou Gallo

Cuando acabó la película, me fue imposible tratar de resumir en una palabra lo que había visto. Me sorprendió la mirada de Malick a través de la cámara: los ángulos, los detalles, los árboles sacudidos por el viento... El rostro simple y bello de la madre están llenos de profunda conmoción por las cosas; cada objeto, cada fragmento de la realidad que la cámara capta aparecen como una maravilla digna de atraer el ojo del espectador.

Quien la ve tiene la percepción de que la vida, el dolor, la historia de una familia está conectada con toda la historia del universo. En este punto me preguntaba: ¿qué papel juega el hombre en la inmensidad del universo? Una inmensidad que no podemos abarcar. Desde la creación inicia una historia de amor, de mal, de perdón (o de piedad, hasta en el sorprendente gesto del dinosaurio que renuncia a matar a su víctima). Dios está presente en toda la película, pero si hago caso a mi experiencia, no es el Dios que yo he conocido. Se me ha hecho mucho más evidente, la necesidad que tengo de un Dios encarnado, hecho hombre. Nunca antes una película (y he visto muchas) me había puesto delante de las preguntas y exigencias que tengo de un modo tan radical. ¿Quién soy? ¿Merece la pena vivir? ¿Qué sentido tiene nuestro paso por la tierra? ¿Por qué el dolor y el sufrimiento? No se os van a dar respuestas, sino que os van a surgir preguntas.

Carmen García de Vinuesa

Os invitamos a ver la película “La Ola” (Die Welle), de Dennis Gansse

[...] ¿Es posible implantar un sistema fascista en estos tiempos? En torno a esta pregunta gira la película “La ola”. Lo que comienza siendo un trabajo de instituto se convierte en un movimiento de jóvenes estudiantes, que bien recordaba al III Reich alemán [...].

Fernando Restán

[...] Magnífica película que expresa muy bien cómo unos grandes ideales pueden convertirse en la mayor perversión de los deseos del ser humano [...].

Javier Andreo

Críticas completas en:

lecturadecine.wordpress.com

Cuidado. Buitres sueltos

_CARTAS AL DIRECTOR

Las cartas pueden enviarse por correo electrónico a atlantidaghis@gmail.com. No excederán la longitud de 15 líneas. SAMIZDAT se reserva el derecho a contestar a las cartas dentro de la misma sección.

Más de cuatro décadas en el poder. Durante su largo mandato gobernó Libia con mano de hierro llegando a dictaminar el asesinato de centenares de civiles. Ahora está muerto y en Trípoli es fiesta nacional. En ciudades como Bengasi las multitudes se echaron a las calles para festejar con bailes y disparos al aire el fin del dictador.

Probablemente nunca sabremos cómo murió, si fue en mitad de un ataque de los combatientes -como sostiene el responsable de Información del Gobierno rebelde, Mahmud Shammam- o si, por el contrario, fue asesinado a sangre fría por los milicianos revolucionarios -como parece evidenciar la famosa grabación difundida por Al Yazira-. No es mi intención averiguarlo. Pero hay algo que me llama poderosamente la atención: el sentimiento de alegría y fruición delante de su cuerpo agonizante.

Claro está que a un pueblo que ha vivido bajo un régimen dictatorial le inunda un sentimiento de satisfacción cuando por fin respira libertad, pero, a mi juicio, esto es muy distinto del regodeo y la negación de la dignidad humana. Sí, la dignidad que todo hombre posee. También Gadaffi. No estoy hablando de perdón sino más bien de compasión. Esa compasión a la que se refería Rosa Montero en *El País*: “En la agonía final, en la indefensión de la carne lacerada, en el pringoso color de la sangre todos somos iguales. Es inevitable sentir compasión ante su cadáver maltratado, y esa compasión es lo que nos hace humanos” (25.10.2011).

¿Por qué sentimos dolor y rechazo al ver un asesinato, al saber que alguien ha privado de la vida a un hombre? Sencillamente porque somos así, somos humanos, identificamos rápidamente lo que es bueno

y lo que no. Teniendo en cuenta esta estructura innata del hombre, siento una angustia insondable al ver personas tratadas como bestias, como si su vida no tuviera valor por el hecho de ser, de existir. Una patología terrible.

Hace unos meses cayó en mis manos un vídeo en el que Pedro J. Ramírez entrevistaba a Juan Manuel Soares Gamboa, el ex etarra que intentó asesinarle antes de convertirse en el arrepentido más importante de la historia de la banda. Cuando el actual director de *El Mundo* le pregunta por su pasado, Soares Gamboa dice: “Lo único que puedo hacer es perdonarme a mí mismo”. Entonces, Ángeles Escrivá, supuestamente experta en terrorismo, responde: “No, no puedes perdonarte. Tú lo único que puedes hacer es llorar con pesadumbre toda tu vida”.

La violencia no es sólo la de los guerrilleros sino que empieza por la modalidad de relación entre las personas. La piedad delante de la muerte o ante el arrepentimiento de una persona es lo que nos diferencia de las bestias. ¡Qué misericordia, qué compasión tiene una madre viendo a un hijo equivocarse, incluso gravemente!

¿Se puede mirar de este modo toda la realidad? ¿Alguien ha mirado así alguna vez en la historia? ¿Es posible? Sería vivir a la verdadera altura del deseo del hombre. Menos... se nota.

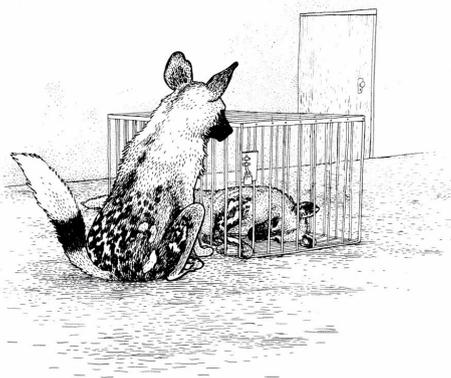
Alfonso Calavia
@AlfonsoCalavia

“DIOS HA MUERTO”, Ron Currie

Seix Barral Biblioteca Formentor

Ron Currie

Dios ha muerto



Dios ha muerto. Currie tiene la genialidad de plasmar en algo más de doscientas páginas qué sucede cuando Dios ha muerto. Es agudo con el lenguaje, perspicaz con los nombres de los personajes y sus cometidos, por lo que logra trazar con solo un hilo, los demás relatos. Dios se encarna en una mujer africana, Sora. Muere y el hecho de que unos cuantos perros devoren su cadáver lleva la noticia al mundo. Interesante comunicación entre un can y un periodista de élite.

Dios ha muerto. Nietzsche lo sentenció, Currie ve y describe sus consecuencias. Distintas historias muestran la irracionalidad y el desamparo del mundo con la muerte de Dios. Pero *Dios no está de moda*. Un grupo de amigos dedica su tiempo libre a jugar con la vida. Y con la muerte. Una familia que se desintegra, que no sabe educar y hace del niño un ídolo al que adorar con un capricho tras otro, desvirtúa el abrazo de una madre que ama a su hijo. Una joven de unos 20 años no es capaz de afrontar su pasado, le pesan sus múltiples relaciones anteriores. No sabe cómo afrontar el dolor y está sola al borde del abismo. Otro chico vuelca todo lo que es en cartas a una destinataria desconocida. Cree amarla bien, pero su corazón se desgasta poco a poco. Personajes desgarrados que no saben dónde acudir. Sucede lo mismo con Tomás en *La insoportable levedad del ser* de Kundera. Sucede lo mismo con Meursault en *El Extranjero* de Camus. El grito ahogado del hombre que atemorizado por no ser escuchado no se atreve a decir palabra.

Y frente a la falta de amor intenta subir al podio la nación, la ideología en manos de un soldado que intenta convencer a universitarios de que el mejor modo de vivir es alistándose en la Marina. Pero tampoco basta. La muerte de Dios ensalza el poder de la ciencia y su ansia por responder a todas las preguntas. Duro golpe cuando ni si quiera responde a la carencia de una identidad propia, un “Y yo, ¿qué soy?” por el que tanto llora Leopardi. Sora (mujer en la que Dios se encarna) mira a los ojos a un niño y le pregunta: *Pero, ¿quién eras tú antes?* Respuesta: *No lo sé, ya no me acuerdo.* Es difícil combatir un sinsentido así cuando el hombre queda inmerso en un *ahora eterno*. Cuando las ganas de vivir le parecen insuficientes.

Sin embargo, no es fácil aceptar este vacío espiritual que deja la brutalidad del suceso, *antes podías levantar el puño al cielo y revelarte*, podías abandonarte a la redención. Pero el hombre —embardunado de orgullo— se hace diminuto sin poder mirar hacia arriba, y Dios, descalzo y maltrecho por los mordiscos, *desearía tener a alguien a quien poder rezar.*

Currie lanza cantidad de preguntas, pero sobre todo provoca que uno abra los ojos ante lo que tiene delante de sí. Sin presión, dejando espacio a que el lector digiera que la muerte de Dios no es un eslogan sino un drama ante el cual el hombre no puede quedarse indiferente: *¿Serías capaz de vivir con este conocimiento o acaso acabaría por destruirte, dejarte vacío, convertirte en una hoja más en medio de la hojarasca?*

Ron Currie, *Dios ha muerto*.
Seix Barral.

TU CARNET DE CONDUCIR

EN EL MEJOR CENTRO DE FORMACIÓN VIAL DE ESPAÑA

TEÓRICO

5 DÍAS

Gratís

INTENSIVOS DIARIOS

Y

UNA CLASE PRACTICA

96 %

APROBADOS A LA PRIMERA

Autoescuela IDEA San Francisco de Sales, 23 - 28003 Madrid 91 543 87 08
www.autoescuelaideal.com